

Narrativa y lecturas del pueblo en la España del siglo XIX

Distinguir en la narrativa del siglo XIX lo que pueda tener que ver con la creación popular y la literatura de consumo no puede partir, como señala Julio Caro Baroja, de «una definición estática, valedera en su totalidad para cualquier tipo de investigación o de situación» y me parece oportuno recordar su advertencia sobre «el peligro en que consiste poner barreras entre lo que es popular y lo que no lo es sin apoyarse en unos estudios diacrónicos, funcionales y estructurales» (1974, 581).

De ahí la necesidad de postular el conocimiento previo de aquellos dos conjuntos movedizos como son la literatura en sus aspectos narrativos y el pueblo, funcionalmente articulados en torno a la lectura, bajo determinados aspectos históricos, sociológicos o antropológicos, estudiando las formas pero también las funciones y las prácticas, pues el problema que se nos plantea tal vez sea menos un problema de esencia (*lo que es* la narrativa popular/ del pueblo), que un problema de existencia (*la narrativa popular/ del pueblo es*) y el objeto científico, menos la narrativa del pueblo que las relaciones entre el pueblo y la narrativa (Botrel, 1987/2).

Se privilegiará, pues, la observación de las intersecciones, tanto a nivel de la «circularidad» entre cultura dominante y culturas subalternas (Ginzburg, 1980), como al de la constitución del producto «narrativa del pueblo», en un contexto de lentos progresos de la cultura escrita *via* la lectura, pero también de referencias permanentes, a unos modos de cultura oral, visual o audiovisual, muy presentes y duraderos en el caso de España.

Para el estudio de tales intersecciones (como modalidad y como producto resultante), me propongo ver qué sean: 1. las consecuencias de los progre-

sos estadísticos de la capacidad de leer, de su masificación sobre la lectura popular: es el problema de los «nuevos lectores»; 2. el estatuto de la narrativa dentro de la lectura popular, con un intento de inventario y periodización; 3. las relaciones dialécticas entre una dogmática de la lectura con visos paternalistas o populistas y una pragmática del pueblo a través de sus comportamientos lectoriales.

I. El compartir social de lo escrito y el acceso del pueblo a la lectura

A lo largo del siglo XIX, España conoce importantes progresos de la aptitud teórica para la lectura: después de la «vertiginosa» regresión de las tres primeras décadas (Moreno Martínez, 1986), en relación con un crecimiento demográfico superior y una creciente urbanización¹, se produce una dinámica de alfabetización acelerada durante el último cuarto de siglo: de unos 600.000 alfabetizados en el año 1800 se llega a unos 3 millones de españoles que oficialmente saben leer y escribir en 1860 y a más de 6 millones en 1900 (casi 10 millones en 1920) (Botrel, 1987/1).

La aparición de nuevos lectores potenciales (que no debe hacer olvidar la permanencia de un bloque de casi 12 millones de analfabetos), ocasiona y/o acompaña un crecimiento de la demanda de lectura, de bienes destinados a satisfacer «la enorme afición a la lectura que se ha desarrollado en España», como observa la «revista literaria» *La Novela* en 1867. El número de títulos puestos a la venta queda multiplicado por cuatro entre 1830-1850 y 1890-1900 (de aproximadamente 300 a 1250), con un evidente abaratamiento general y una laicización (Botrel, 1988/1); la tirada de un diario como *El Imparcial* pasa de 40.000 ejemplares en 1874 a 100.000 a fines de siglo, y *Clarín* observa en 1894 cómo el público español —muy distinto de aquel «público francés» que en otras ocasiones aislara— «empieza a leer de veras, pero que en vez de empezar por *Pepita Jiménez* y *Sotileza* como debiera, empieza por los papeles de actualidades políticas y de todo género que le ofrecen a perro chico por las calles»².

¹ De un 3,9% entre 1797 y 1834, a un 6,9% entre 1834 y 1857. En esta fecha una cuarta parte de la población vive ya en ciudades de más de 5.000 habitantes (Lécuyer, 1988).

² «Palique», *El Globo*, 10-2-1894.

Estas importantes, aunque relativas y paulatinas transformaciones a lo largo del siglo, generaron un como trauma entre las clases letradas que cabe recordar, ya que muchas ideas hoy aún vigentes las recibimos de aquella época; recuérdese la visión casi apocalíptica de aquel mar de tinta negra que lo sumerge todo bajo la pluma de Pereda en 1865: «La imprenta (...) es un río desbordado que nada respeta, que todo lo inunda. Desde el periódico noticiero de a dos cuartos el número, hasta el folleto incendiario; des-

de la entrega de a medio real hasta el volumen de a medio duro; desde la copla de ciego hasta la santa Biblia; desde el chabacano prospecto mercantil hasta el solemne y campanudo «documento parlamentario», doscientos mil proyectiles, calentitos y chorreando la tinta de Gutenberg, amenazan todos los días de Dios al pacífico ciudadano, pidiéndole un vil ochavo a cambio de un rato de solaz»³.

Esta relativa «democratización» de la cultura escrita, deseada desde «la otra acera», se ha venido equiparando a veces con el acceso de las capas más populares a la lectura (cuando la lectura, obviamente, sólo tiende a hacerse cada vez más popular), tal vez por haber generalizado a partir de observaciones más o menos alarmistas hechas por los contemporáneos sobre los inicios del fenómeno: ahí están las manifestaciones de inquietud o de desprecio de *La Censura*, publicada por el editor y socios literarios de la Biblioteca Religiosa entre 1844 y 1853 o del padre Blanco García, quien en 1891, al hablar de «las sentinas literarias (no se les puede dar un nombre más decente, dice) que constituidas a modo de organismo y revueltas a una por la codicia de los editores (...) y por la condescendencia de un público sin cultura, llevaron a todas partes las heces del mal gusto y de la inmoralidad», afirma que «la reputación de Manuel Fernández y González fue formada por artesanos, costureras y demás clases de la plebe», «por el vulgacho»⁴, lo cual puede resultar tan exagerado como sugerir *a posteriori* que «sólo los obreros leen novelas por entregas»⁵.

Aquí echamos de menos unos estudios más sistemáticos sobre la sociología de la alfabetización y de la lectura en España, para saber qué capas sociales se benefician prioritariamente de los progresos señalados y quiénes habían de formar ese bloque de doce millones de analfabetos. Sabemos, por ejemplo, que el mayor grado de alfabetización coincide con el crecimiento urbano⁶, pero, ¿a qué se debe la aparición en Valladolid en los años 1840 y más tarde en Carmona, de centros de edición de literatura de cordel? (Botrel, 1986). La creación de gabinetes de lectura hasta en Azpeitia, Monóvar o Teruel en los años 1840-43 o de teatros en las capitales de provincias, así como el desarrollo de la sociabilidad en torno al ocio, ¿no será un fenómeno ante todo burgués al que por mimetismo sólo acceden posteriormente los comerciantes y artesanos y, por fin, los obreros?

Por otra parte, la capacidad de lectura generada no habrá permitido una práctica lectora homogénea: desde la oralización de la lectura incluso individual hasta las prohibiciones, pasando por la diversidad de las situaciones territoriales, entran toda clase de factores culturales, ideológicos y sociales que importa poder tener en cuenta. Piénsese, sin más, en el elevado porcentaje de las mujeres que sólo saben leer o en el *Y ¿por qué no he de leer todo lo que quiero?* publicado por el presbítero Félix Sardá y Salvany y

³ Prólogo a *Mesa revuelta*, de Federico de la Vega (París, 1865, pág. VII).

⁴ La literatura española en el siglo XIX, Madrid, 1891, II, pág. 385 y 515.

⁵ J.L. Ferreras, *La Novela por entregas 1840-1900*, Madrid, Taurus, 1972, pág. 25.

⁶ *La diferencia entre capitales de provincias y el resto de la provincia, está comprendido entre 18 puntos en 1860 y 20 puntos en 1920.*